

» mas de diez mil hombres. Hasta ahora pe-
 » leasteis para conservar unos peñascos esté-
 » riles , célebres por vuestro valor, pero inú-
 » tiles á la patria. Hoy por vuestros servicios
 » os igualais al ejército de Holanda y del Rhin.
 » Todo os faltaba y todo lo habeis suplido.
 » Habeis ganado batallas sin cañones , pasado
 » rios sin puente , andado marchas forzadas
 » sin zapatos , bivaqueando sin aguardiente y
 » muchas veces sin pan. Las falanges republi-
 » canas, los soldados de la libertad, solos eran
 » capaces de aguantar lo que habeis aguan-
 » tado. Se os deben las gracias, soldados ! la
 » patria agradecida os deberá su prosperidad,
 » y si, vencedores de Tolon , hicisteis pronos-
 » ticar la campaña inmortal de 93 , vuestras
 » victorias actuales hacen pronosticar otra to-
 » davía mas brillante.

» Los dos ejércitos, que poco hace os ataca-
 » ban con audacia, huyen despavoridos delante
 » de vosotros. Los hombres perversos que se
 » reian de vuestra miseria y se alegraban en
 » su mente de los triunfos de vuestros enemi-
 » gos, estan confundidos y tiemblan. Pero, sol-
 » dados! no os lo debo disimular, nada habeis
 » hecho mientras os queda que hacer. Toda-

» vía no sois dueños de Turin y de Milan. Los
 » asesinos de Basseville huellan aun las cenizas
 » de los vencedores de Tarquino.

» Todo os faltaba al principio de la cam-
 » paña. Hoy, os hallais abundantemente pro-
 » vistos; teneis numerosos almacenes cogidos
 » al enemigo; la artillería de sitio y de cam-
 » paña ha llegado. Soldados ! la patria es acre-
 » edora á grandes hazañas de vuestra parte.
 » Justificareis sus esperanzas. Sin duda habeis
 » superado los mayores obstáculos; pero te-
 » neis aun que dar batallas , tomar ciudades y
 » pasar rios. ¿Hay alguno entre vosotros cuyo
 » valor se ablande? ¿Hay alguno que prefiera
 » volver á la cumbre del Apenino y de los Al-
 » pes, aguantar con paciencia las injurias de
 » esa soldadesca esclava? No, no hay entre los
 » vencedores de Montenote, Millesimo, Dego
 » y Mondovi, sino valientes esforzados; todos
 » anhelan por llevar hasta los extremos del
 » mundo, la gloria del pueblo frances; todos
 » quieren humillar á esos reyes orgullosos que
 » se atrevian á meditar sobre los hierros con que
 » querian encadenaros; todos quieren dictar
 » una paz gloriosa y que indemnice á la patria
 » de sus inmensos sacrificios. Todos quieren

» poder decir con un justo orgullo, cuando
 » vuelvan á sus hogares : *Yo era uno de los*
 » *soldados del ejército conquistador de la*
 » *Italia.*

» Amigos ! os la prometo esta conquista ; pero
 » es menester que jureis cumplir con las con-
 » diciones que os impongo , de respetar los
 » pueblos á quienes dais la libertad ; de reprimi-
 » r los pillages horrendos que cometen unos
 » malvados suscitados por vuestros enemigos ;
 » sin eso no sereis los libertadores de los pue-
 » blos, sino un azote terrible para con ellos ; no
 » honraráis al pueblo frances que os desmen-
 » tirá. Vuestras victorias , vuestro valor, vues-
 » tros sucesos , la sangre de vuestros hermanos
 » muertos en los combates , todo se perderia
 » al mismo tiempo que el honor y la gloria.
 » En cuanto á mí y á los generales que tienen
 » vuestra confianza , nos avergonzariamos de
 » mandar un ejército sin disciplina y sin freno,
 » que no conoceria otra ley que la fuerza. Pero,
 » apoyado con la autoridad nacional , fortale-
 » cido por la justicia y por la ley , sabré hacer
 » respetar las leyes de la humanidad y del ho-
 » nor por un pequeño número de hombres
 » cobardes que las huellan. No sufriré que unos

» pocos foragidos marchiten vuestros laureles.
 » Haré ejecutar con todo rigor el reglamento
 » que he mandado publicar. Los saqueadores
 » serán irremisiblemente pasados por las ar-
 » mas : ya lo han sido algunos ; pero he no-
 » tado con satisfaccion el celo que han puesto
 » los soldados del ejército en la ejecucion de
 » mis órdenes.

» Pueblos de Italia ! el ejército frances viene
 » á romper vuestras cadenas , el pueblo fran-
 » ces es el amigo de todos los pueblos ; acer-
 » caos á él sin recelo ; vuestras propiedades ,
 » vuestra religion y vuestras costumbres serán
 » respetadas.

» Haremos la guerra como enemigos gene-
 » rosos , y solo atacaremos á los tiranos que os
 » esclavizan. »

Bonaparte se manifestó por entero en esta admirable proclama , en la que no olvidó nada de lo que debia asegurar la verdadera gloria de la patria. Desde luego dió á conocer el hombre de Estado que tenia en la mano la espada del gran capitán.

Cherasco no dió su nombre á una victoria, sino á un tratado. La corte de Turin hizo solicitar un armisticio ; ya no podia contar con

las tropas austriacas, precisadas á defender su propio territorio. El ejército piamontes se hallaba casi destruido, y las pocas tropas que quedaban habian perdido todo valor; la fiebre de la revolucion cundia hasta en el centro del pais; la política inspirada por el miedo vino á buscar un asilo en el campo frances de Cherasco. El general Latour y el coronel Lacoste estipularon un armisticio, cuyas condiciones dan una idea de los apuros en que se vió sumergido de repente ese gobierno débil que, en tan pocos dias, habia pasado con tanta rapidez de la ofensiva á la defensiva, y de la actitud de un enemigo á la de un suplicante. El príncipe se obligaba á separarse desde luego de la confederacion y á enviar un plenipotenciario á Paris, para tratar de una paz definitiva. Hasta entonces debia haber armisticio. Las ciudades de Leva, Coni, Tortona, ó en su defecto la de Alejandría, se entregaban inmediatamente al ejército frances con su artillería y sus almacenes, y el ejército victorioso continuaba ocupando todo el territorio conquistado. Los caminos militares en todas sus direcciones quedaban abiertos á toda comunicacion entre la Francia y el ejército. Los Napolitanos evacua-

ban la plaza de Valenza que quedaba en manos de los Franceses, hasta despues de haber pasado el Po. En fin se licenciaba á las milicias y se colocaba á las tropas regulares en guarniciones apartadas del ejército frances. El rey admitió estas condiciones. El coronel Murat, primer edecan de Bonaparte, salió para Paris con veinte y una banderas y el tratado de armisticio. La capital, al recibir estos trofeos, triunfó lo mismo que el ejército de Italia. Bonaparte escribia al Directorio:

..... « Mañana voy á atacar á Beaulieu, le
 » obligo á que vuelva á pasar el Po, pasándolo
 » yo inmediatamente despues; me apodero de
 » la Lombardia, y antes que pase un mes, es-
 » pero hallarme sobre las montañas del Tirol,
 » encontrarme con el ejército del Rhin, y, uni-
 » dosentrambos ejércitos, llevar la guerra en el
 » centro de la Baviera. Este proyecto es digno
 » del Directorio, del ejército y de los destinos
 » de la Francia. Si no concedéis la paz al rey
 » de Cerdeña, es menester avisarme de ante-
 » mano á fin de que si estoy en Lombardia,
 » pueda replegarme y tomar medidas. En
 » cuanto á las condiciones de paz con la Cer-
 » deña, podeis dictar las que os convengan,

» pues tengo en mi poder las principales plazas. Dad orden á quince mil hombres del ejército de los Alpes de que vengan á reunirse conmigo; entonces tendré un ejército de cuarenta y cinco mil hombres y será muy posible que convenga dirigir una parte hácia Roma. Si continuais en confiar conmigo, y si aprobais estos proyectos, estoy seguro de un feliz éxito, y la Italia es vuestra. No hay que contar con una revolucion en el Piamonte: llegará sin duda; pero falta mucho todavía para que el espíritu de estos pueblos se halle maduro para esto...»

Bonaparte habia llegado el 27 de marzo á Niza, desde donde dió parte al Directorio de su llegada á aquel ejército tan miserable é indisciplinado, y el 28 de abril siguiente, dibujaba bajo el doble aspecto de la política como de la pericia militar la mas consumada, un plan de campaña que amenazaba en la misma Alemania á la casa de Austria, cuyas posesiones de Italia no habia atacado todavía. El ejército se engrandecia á la par de su gefe; cinco veces en la última semana de abril, el cuerpo legislativo le tributó la honrosa expresion de la gratitud nacional. Entretanto el rey

de Cerdeña envió á París el conde de Revel, para tratar la paz que se firmó el 15 de mayo, tanta era la prisa que tenia aquel monarca de verla concluida. Segun las estipulaciones del tratado, el ejército de Italia ocupó las fuertes plazas de Coni y Alejandria. Las de Suza, de la Bruneta y de Exilles fueron derribadas. No hubo mas Alpes, y el rey de Cerdeña no pudo reinar en adelante sino con el permiso de la República. Los Austriacos perdieron una fuerza de sesenta á ochenta mil hombres que podia suministrarles este aliado, y tuvieron acaso un enemigo mas con quien pelear. El ejército de los Alpes se halló casi en línea con el ejército de Italia, y Bonaparte abrazando de un solo golpe de vista toda la extension de la península, pudo elegir la conquista que le conviniere mas emprender, desde las puertas de Milan hasta las de Roma, y desde Roma hasta los Alpes del Tirol.

Desde aquel momento, la Europa contempló con admiracion al jóven conquistador que, en quince dias escasos de campaña activa, se habia apoderado de un reino defendido por los Alpes, por unas fortalezas acaso mas inexpugnables, y por dos ejércitos mandados por

generales antiguos y expertos. Los oficiales de estos dos ejércitos pudieron apreciar la ventaja del sistema concéntrico sobre el sistema excéntrico ó de desparrame, usado hasta entonces, y que fue tan funesto para Beaulieu. Pero el Austria no supo aprovecharse de un ejemplo tan positivo sobre un teatro en el cual la necesidad exigia mas imperiosamente que sobre otro ninguno, que se abandonasen las antiguas rutinas de su táctica. No quiso absolutamente admitir la nueva escuela, creada con tanta superioridad por un enemigo que, pudiendo apenas contar con una mitad de las tropas de sus contrarios, logró en la campaña del Piamonte combatirlos siempre con fuerzas iguales. Su destino era pagar el aprendizaje con la destruccion en Italia de cinco hermosos ejércitos, y con ver dos veces el vencedor de Beaulieu dueño de su capital, en el discurso de veinte años.



CAPITULO III.

CAMPANA DE ITALIA.—PRIMERA ÉPOCA.

PRIMER SITIO DE MANTUA.—GENERALES EN GEFE: BONAPARTE,
BEAULIEU.

(Desde 1° de mayo hasta 1° de agosto de 1796.)

LA posesion de la fuerte plaza de Mántua, aseguraba la de toda la Italia; por consiguiente el Austria no tenia otro interes, otra voluntad que defender aquella ciudad. Por su lado Bonaparte que, en conquistando el Piamonte en su primer campaña, tenia por objeto principal facilitarse los medios de atacar al Milanés, no pensó en la segunda en otra cosa mas que en apoderarse de esta provincia, para despues tomar á Mántua. El dia en que caerian las murallas de Mántua, la casa de Austria debia pensar en defenderse dentro de las de Viena.

Treinta y cinco mil hombres habian bastado para arrancar el Piamonte á setenta y cinco mil. El ejército de Beaulieu se hallaba redu-